

Interrogatorio

Así que Felipe volvió en sí y logró dominar su razón, se dirigió hacia el aposento de Andrea.

Pero á medida que avanzaba hacia el pabellón, se iba desvaneciendo poco á poco la fantasma de su desgracia, y le parecía que acababa de tener un sueño, y que no era una realidad con la que había luchado un instante. Cuanto más se alejaba del doctor, tanto más incrédulo se hacía á sus amenazas, y se decía que de seguro se había equivocado la ciencia y que la virtud no había sucumbido. ¿No le había dado el mismo doctor una prueba de esto, prometiéndole volver á visitar á su hermana?

Sin embargo, cuando Felipe se halló en presencia de Andrea, estaba tan cambiado, tan pálido y tan abatido, que fué ella quien á su vez se inquietó por su hermano y le preguntó cómo se había podido operar en él en tan poco tiempo un cambio tan terrible.

Sólo un cosa podía haber producido en Felipe un efecto semejante.

— ¡Dios mío! ¿conque tan enferma estoy, hermano mío? preguntó Andrea.

— ¿Por qué me dices eso? replicó Felipe.

— Porque parece que la consulta del doctor te ha asustado mucho.

— No, hermana mía, dijo Felipe; el doctor no está

alarmado, y hasta me ha costado mucho trabajo el decidirle á que volviera á visitarte.

— ¡Ah! ¿conque vuelve á visitarme? dijo Andrea.

— Sí, vuelve; eso no te incomoda, ¿no es verdad, Andrea?

Y Felipe, al pronunciar estas palabras, fijó su mirada en los ojos de su hermana.

— No, respondió ésta sencillamente; lo único que deseo es que esa visita te tranquilice un poco; pero entretanto dime de qué proviene esa espantosa palidez que me tiene asustada.

— ¿Te inquieta tanto, Andrea?

— ¡Y me lo preguntas!

— ¿Conque me amas con ternura, Andrea?

— ¿Qué es lo que dices? dijo la joven.

— Te pregunto, Andrea, ¿si me amas aun como en tiempo de nuestra primera juventud?

— ¡Oh! Felipe! Felipe!

— ¿Luego soy para tí una de las personas más preciosas de este mundo?

— ¡Oh! la más preciosa, la única! exclamó Andrea.

Luego, ruborizándose y turbada, añadió:

— Perdona, Felipe, olvidaba.....

— Á nuestro padre, ¿no es eso, Andrea?

— Sí.

Felipe cogió la mano á su hermana, y mirándola con ternura:

— Andrea, dijo, no creas que nunca te reconvendré si en tu corazón se albergara un cariño que no se parezca ni al que tienes á padre ni al que me profesas á mí.....

Luego, apoyándose á su lado, continuó diciendo:

— Te encuentras en una edad, Andrea, en que el corazón de las jóvenes habla con más viveza que lo

que vosotras mismas quisierais, y ya sabes que hay un precepto divino que manda á la mujer dejar padres y familia para seguir á sus esposos.

Andrea miró á Felipe durante algún tiempo, como si le hubiera hablado en un idioma desconocido para ella.

Luego riéndose con una sencillez que nada bastaría á describir :

— ¡ Mi esposo ! dijo. ¿ No has hablado de mi esposo, Felipe ? ¡ Dios mío ! no ha nacido todavía, á lo menos yo no le conozco !

Conmovido Felipe con aquella exclamación tan verdadera de Andrea, se acercó á ella, y estrechando su mano entre las suyas, respondió :

— Antes de tener esposo, mi buena Andrea, se tiene un novio, un amante.

Andrea miró á Felipe asombrada, permitiendo que el joven clavase sus codiciosos ojos hasta el fondo de su clara mirada de virgen, en que se reflejaba toda su alma.

— Hermana, dijo Felipe, desde niños me has tenido por tu mejor amigo, y yo te he mirado por mi parte como á mi única amiga; nunca te he dejado, ya lo sabes, para irme á jugar con mis camaradas. Juntos hemos crecido, y nada ha turbado la confianza que cada uno de nosotros depositaba ciegamente en el otro : ¿ por qué, pues, desde algún tiempo á esta parte has variado tú, Andrea, sin tener motivo para ello ?

— ¡ Que yo he variado ! ¡ Variar yo, Felipe ! Explícate, pues si he de decirte la verdad, nada entiendo de cuanto me has manifestado desde que volviste después de hablar con el médico.

— Sí, Andrea, dijo Felipe, estrechándola contra su pecho ; sí, mi dulce hermana, las pasiones de la juven-

tud han sucedido al cariño infantil, y no me hallas ya bastante bondadoso ó bastante discreto para franquearme tu corazón invadido por el amor.

— Hermano mío, querido amigo, dijo Andrea, cada vez más admirada, ¿ qué es lo que me estás diciendo ? ¿ qué me hablas de amor á mí ?

— Andrea, abordo con valor una cuestión llena de peligros para ti, y de angustias para mí mismo. Sé bien que solicitar, ó más bien exigir tu confianza en este momento, es perderme en tu corazón ; pero prefiero, y créeme que me es cruel decirlo, prefiero conocer que me amas menos, á dejarte expuesta á las desgracias espantosas que te amenazan, Andrea, si te obstinas en ese silencio que deploro, y del que no te hubiera creído capaz con respecto á un hermano, á un amigo.

— Hermano mío, querido amigo, dijo Andrea, te juro que no comprendo el motivo de tus reconven- ciones.

— Andrea, ¿ quieres que yo te haga comprenderlo ?

— ¡ Oh ! Sí ;... ciertamente que sí.

— Pero entonces, si alentado por ti, te hablo con demasiada precisión, si hago que te avergüences y se aflija tu corazón, cúlpate á ti sola, puesto que me has forzado con injustas desconfianzas á registrar hasta el fondo de tu alma para arrancarte tu secreto.

— Hazlo, Felipe ; y te juro que no te reconvendré por nada que hagas.

Felipe miró á su hermana, se levantó muy agitado, y recorrió el cuarto á pasos acelerados. Había una oposición tan extraña entre la tranquilidad de aquella joven y la acusación que formulaba contra ella en el fondo de su alma, que no sabía á qué atenerse.

Andrea, por su parte, contemplaba á su hermano con asombro, y se iba helando poco á poco al contacto

de aquella solemnidad, tan diferente de la dulce autoridad fraternal.

Así, antes que Felipe hubiese vuelto á hablar, Andrea se levantó á su vez y fué á cogérsele del brazo.

Entonces mirándole con inexplicable ternura, le dijo :

— Escucha, Felipe; ¡ mírame como yo te miro !

— ¡ Oh ! no deseo otra cosa, respondió el joven fijando en ella sus ardientes ojos; ¡ qué quieres decirme ?

— Quiero decirte, Felipe, que siempre has sido algo celoso de mi amistad; eso es muy natural, porque también yo, por mi parte, he tenido celos de tu cariño; pues bien, mírame como te he dicho.

La joven se sonrió.

— ¡ Ves un secreto en mis ojos ? continuó diciendo.

— Sí, sí, veo uno, respondió Felipe; Andrea, ¡ tú amas á alguien !

— ¡ Yo ! exclamó la joven con un asombro tan natural, que la más hábil cómica no hubiera podido imitar el acento de esta sola palabra.

Y se echó á reír.

— ¡ Yo amo á alguien ! repitió.

— Entonces te aman á ti.

— Tanto peor, á fe mía; porque, supuesto que ese amante desconocido no se ha dado á conocer, y por consiguiente no se ha explicado nunca, es un amor sin correspondencia.

Entonces, viendo á su hermana que se reía y chancaba sobre aquella cuestión con tanta franqueza, al ver el límpido azul de sus ojos, el candor tan casto de sus ademanes, Felipe, que sentía palpitar con movimiento compasado el corazón de Andrea sobre el suyo, se dijo interiormente que un mes de ausencia no podía haber producido un cambio semejante en el carácter

de una joven irrepreensible hasta entonces; que la pobre Andrea era víctima de indignas sospechas, y que la ciencia mentía; pero confesó que el doctor Luis tenía disculpa, puesto que no conocía la pureza ni los delicados instintos de Andrea, y que podía creerla igual á todas esas doncellas nobles, que, fascinadas por ejemplos indignos ó arrastradas por el calor precoz de una sangre corrompida, abdicaban la virginidad sin pesar y aun sin ambición.

Otra mirada que Felipe dirigió á Andrea, le explicó la falibilidad del doctor, y quedó tan contento con su explicación, que abrazó á su hermana á la manera de aquellos mártires que confesaban la pureza de la Virgen, confesando al mismo tiempo la creencia en la divinidad de su Hijo.

Tal era el período de fluctuaciones á que Felipe se hallaba entregado, cuando oyó en la escalera los pasos del doctor Luis, fiel á la promesa que le había hecho.

Andrea se estremeció, porque en la situación en que se encontraba todo era para ella un acontecimiento.

— ¡ Quién vendrá ? preguntó.

— Probablemente será el doctor Luis, dijo Felipe.

En el mismo momento se abrió la puerta y apareció en el cuarto el médico, á quien Felipe esperaba con tanta ansiedad.

Ya hemos dicho que era uno de esos hombres graves y honrados, para quienes la ciencia es un sacerdocio, y que estudian religiosamente sus misterios.

Lo más raro era que en aquella época enteramente materialista procuraba el doctor Luis descubrir bajo las enfermedades del cuerpo las del alma, y seguía francamente este camino, cuidándose muy poco de los rumores y obstáculos, y economizando su tiempo, patrimonio de la gente laboriosa, con tal avaricia que se hacía brusco con los ociosos y charlatanes.

Por esto fué por lo que trató á Felipe con tanta aspereza en la primera entrevista que tuvo con él, pues le tomó por uno de esos cortesanos pisaverdes que van á adular al médico para que los felicite por sus proezas amorosas, y que tienen á orgullo pagar una discreción. Pero así que vió el reverso de la medalla, y en vez de un tonto más ó menos enamorado, el doctor se encontró con el rostro sombrío y amenazador del hermano; así que vió tenía que habérselas, no con una molestia, sino con una desgracia, el filósofo facultativo, el hombre de corazón se conmovió, y después que Felipe pronunció sus últimas palabras, el doctor se dijo á sí mismo:

— No sólo he podido equivocarme, sino que quisiera que así fuese.

Y he aquí por qué, aun sin los ruegos incesantes de Felipe, hubiera ido á visitar á Andrea, para ver, por medio de un examen más decisivo, las probabilidades que había vislumbrado en la primera visita.

Entró pues, y su primera ojeada, que es la toma de posesión del médico y del observador, se fijó desde la antesala en Andrea, de quien no separó la vista.

Justamente, sea por la emoción que le causó la presencia del doctor, sea por casualidad, acababa de acometer á Andrea uno de esos ataques que ya habían asustado á Felipe, y se tambaleaba, llevándose el pañuelo á la boca con aire de sufrimiento.

Ocupado Felipe en recibir al doctor, nada había visto.

— Doctor, dijo, sed bien venido, y perdonadme mis modales algo bruscos, pues cuando me acerqué á vos hace una hora estaba tan agitado como tranquilo estoy en este momento.

El doctor cesó por un instante de mirar á Andrea, y

dejó caer su observación sobre el joven, cuya sonrisa y expansión de ánimo analizó.

— ¿ Habéis hablado á esta señorita, según os aconsejé? preguntó.

— Sí, doctor, sí.

— ¿ Y estáis tranquilo?

— En vez de un infierno que antes tenía en mi corazón, ahora llevo en él un cielo.

El doctor cogió la mano á Andrea, y le tomó el pulso durante un largo rato.

Felipe la miraba y no parecía sino que decía:

— ¡ Oh! haced lo que gustéis, doctor, pues ya no temo los comentarios del médico.

Así es que añadió con aire de triunfo:

— Y bien, ¿ qué os parece, doctor?

— Caballero, respondió éste, tened la bondad de dejarme solo con vuestra hermana.

Estas palabras, pronunciadas con sencillez, echaron por tierra el orgullo del joven.

— ¡ Cómo! ¿ todavía? dijo.

El doctor hizo un gesto.

— Está bien, os dejo, caballero, dijo Felipe con aire sombrío.

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

— Andrea, sé franca y verídica con el doctor.

La joven se encogió de hombros, como si ni siquiera pudiese comprender lo que querían decirle.

Felipe prosiguió.

— Mientras te pregunta acerca de tu salud, voy á dar una vuelta por el jardín, y como todavía no ha llegado la hora para que he pedido me traigan mi caballo, podré verte antes de marcharme y hablar aun otro instante contigo.

Y estrechó la mano á Andrea procurando sonreirse.

Pero la joven notó en aquel apretón y aquella sonrisa cierta violencia y contracción.

El doctor acompañó gravemente á Felipe hasta la puerta de entrada, que después cerró.

Hecho esto, volvió á sentarse en el mismo sofá en que estaba sentada Andrea.

X

La consulta

Fuera reinaba el más profundo silencio : no se sentía un soplo de viento, no resonaba una voz humana ; la naturaleza toda estaba en calma.

Por otra parte, todo el servicio de Trianón estaba terminado ; los criados de las caballerizas y de las cocinas se habían retirado á sus cuartos, y la pequeña corte parecía desierta.

Andrea sentía, allá en el fondo de su alma, alguna emoción al ver la especie de importancia que Felipe y el médico daban á su enfermedad.

También le causaba un poco de admiración la segunda visita del doctor Luis, quien había declarado aquella misma mañana que la enfermedad era insignificante y los remedios inútiles ; pero, gracias á su profundo candor, ni siquiera se había empañado con el aliento de todas aquellas diversas sospechas el resplandeciente espejo del alma.

De súbito, el médico, que no había cesado de mirarla, después de haber aproximado á ella la luz de la lámpara la cogió la mano como un amigo ó un confesor, y no como un médico que toma el pulso.

Aquel ademán inesperado admiró mucho á la quisquillosa Andrea, y estuvo por un momento á punto de retirar su mano.

— Señorita, preguntó el doctor, ¿ habéis deseado

vos volver á verme, ó no he hecho más que acceder á los deseos de vuestro hermano, viniendo aquí?

— Caballero, respondió Andrea, mi hermano ha venido á decirme que ibais á volver; pues, en vista de lo que tuvisteis la bondad de decirme esta mañana acerca de lo poco grave que era mi enfermedad, no me hubiera tomado la libertad de molestaros de nuevo.

El doctor se inclinó.

— Vuestro hermano, prosiguió, parece que es algo arrebatado, muy celoso de su honor é intratable en ciertas materias; y sin duda es ese el motivo porque no habéis querido franquearos con él.

Andrea miró al doctor como había mirado á Felipe.

— ¿ Vos también, caballero? dijo con suprema altanería.

— Dispensad, señorita, dejadme concluir.

Andrea hizo un gesto que indicaba paciencia ó más bien resignación.

— Es pues natural, prosiguió el doctor, que al ver el dolor, y presintiendo la cólera de ese joven, hayáis guardado vuestro secreto con obstinación; pero hallándoos á solas conmigo, señorita, conmigo que soy, creedlo bien, médico de las almas como del cuerpo; conmigo que veo y que sé, y que por lo tanto os ahorro la mitad del penoso camino de las revelaciones, tengo derecho á esperar que seáis más franca.

— Caballero, respondió Andrea, si no hubiese visto que el rostro de mi hermano se entristecía y expresaba un verdadero dolor, si no consultase vuestro exterior venerable y la opinión de gravedad que gozáis, creería que ambos estabais de acuerdo para representar una comedia á mis expensas y hacerme tomar, después de la consulta y á causa del miedo que me hubieseis inspirado, alguna medicina [muy negra y muy amarga.

El doctor frunció las cejas.

— Señorita, dijo, os ruego que os detengáis en el camino del disimulo.

— ¡ Del disimulo! exclamó Andrea

— ¿ Queréis mejor que diga de la hipocresía?

— Pero, caballero, exclamó la joven, ¡ mirad que me ofendéis!

— Decid más bien que adivino vuestro modo de pensar.

— ¡ Caballero!

Andrea se levantó; pero el médico la obligó con suavidad á volver á sentarse.

— No, continuó diciendo, no, hija mía; no os ofendo, antes os presto un servicio: ¡ y como os convenza os salvaré!... De consiguiente, ni vuestras miradas de furia, ni la falsa indignación de que os halláis animada me harán variar de resolución.

— Pero, ¡ Dios mío! ¿ Qué es lo que queréis? ¿ Qué exigís de mí?

— Confesad, ó bajo palabra de honor os digo que me haréis formar muy ruin opinión de vos.

— Caballero, os lo repito, mi hermano no está aquí para defenderme, y quizá por eso me insultáis. Os digo que no os entiendo, y os mando que os expliquéis clara, terminantemente sobre esa soñada enfermedad.

— Por última vez os lo pregunto, señorita, repuso el doctor admirado, ¿ queréis evitarme el sentimiento de tener que avergonzaros?

— No os entiendo, no os entiendo, yo no os entiendo, repitió tres veces Andrea, mirando al doctor con ojos que chispeaban de interrogación, desafío y aun amenaza.

— Pues bien, yo sí, os entiendo, señorita; dudáis de la ciencia médica, y esperáis poder ocultar vuestro estado á todo el mundo; pero, desengañaos, con una palabra voy á abatir vuestro orgullo; ¡ estáis en cinta!

Andrea lanzó un grito terrible, y cayó de espaldas sobre el sofá.

À aquel grito siguió el ruido de una puerta empujada con fuerza, y Felipe se puso de un brinco en medio de la habitación con la espada en la mano, ensangrentados los ojos y temblándole los labios.

— ¡Mentís, miserable! dijo al doctor.

Éste se volvió lentamente hacia el joven sin soltar el pulso de Andrea que palpitaba medio muerta.

— Lo dicho dicho, caballero, dijo el doctor con menosprecio, y no es vuestra espada, desnuda ó en la vaina, la que me hará mentir.

— Doctor, murmuró Felipe dejando caer la espada.

— Me habéis pedido que rectificase con una segunda visita mi primer examen, lo he hecho; y ahora la certidumbre es fundada, y nada me hará variar de opinión. Lo siento en el alma, buen joven, porque me habéis inspirado tanta simpatía, cuanta aversión me inspira esta joven con su obstinación en mentir.

Andrea permaneció inmóvil, pero Felipe hizo un movimiento.

— Caballero, soy padre de familia, prosiguió el doctor, y comprendo todo lo que podéis y debéis sufrir. Por consiguiente os ofrezco mis servicios y os prometo mi discreción. Mi palabra es sagrada, y todos saben que la estimo más que mi vida.

— ¡Oh! pero, caballero, ¡es imposible!

— No sé si es imposible, pero es cierto. Adiós, señor de Taverney.

Y el doctor se volvió con el mismo paso sosegado y lento, después de haber mirado afectuosamente al joven que se retorció de dolor, y que en el momento de cerrarse la puerta, caía abismado de pesar en un sillón á dos pasos de Andrea.

Así que salió el médico, Felipe se levantó, fué á

cerrar la puerta del pasadizo, la del cuarto y la de las ventanas, y acercándose á Andrea, que le miraba como atontada hacer aquellos siniestros preparativos, le dijo cruzándose los brazos:

— Me habéis engañado cobarde y estúpidamente; cobardemente, porque soy vuestro hermano, porque he tenido la debilidad de amaros, de preferiros á todo, de estimaros más que á todo, y esta confianza de mi parte debía á lo menos excitar la vuestra, ya que no excitase la ternura; estúpidamente, porque hoy el infame secreto que nos deshonra está en poder de un tercero, porque á pesar de vuestro disimulo, quizás le han penetrado ya otros, porque en fin, si me hubieseis confesado desde luego la situación en que os hallabais, os hubiera preservado de la vergüenza, si no por afecto, á lo menos por egoísmo, puesto que al cabo salvando vuestro honor salvaba el mío. He ahí cómo y en qué habéis faltado principalmente. Vuestro honor, mientras estáis soltera, pertenece en común á todos aquellos cuyo nombre lleváis, ó más bien mancháis. Ahora, ya no soy vuestro hermano, puesto que me habéis negado este título; ahora soy un hombre interesado en arrancaros por todos los medios posibles todo el secreto, á fin de que de esa confesión salga para mí el medio de tomar una reparación cualquiera. Me acerco pues á vos lleno de cólera é indignación, y os digo: Puesto que habéis sido bastante cobarde para esperar en una mentira, seréis castigada como se castiga á los cobardes. Confesadme pues vuestro crimen, ó de lo contrario...

— ¡Amenazas! exclamó la orgullosa Andrea: ¡amenazas á una mujer!

Y se levantó pálida y amenazadora á su vez.

— ¡Si, amenazas, no á una mujer sino á una criatura sin fe y sin honor!

— ¡ Amenazas ! prosiguió Andrea exasperándose poco á poco ; ¡ amenazas á mí que nada sé, que nada comprendo, que os miro á todos como unos sangrientos locos ligados para hacerme morir de pesar, si no de vergüenza !

— ¡ Y bien, sí ! exclamó Felipe ; ¡ muere pues ! ¡ muere si no confiesas ! ¡ muere en este instante ! Dios te juzga, y voy á matarte.

Y el joven recogió del suelo convulsivamente su espada ; y ligero como el relámpago, apoyó su punta contra el pecho de su hermana.

— ¡ Bien, bien ! ¡ mátame ! exclamó ésta sin asustarse del brillo del acero, sin tratar de evitar el dolor de la estocada.

Y se lanzó hacia adelante llena de dolor y demencia, con tal prontitud, que la espada le hubiera atravesado el pecho sin el súbito terror de Felipe y la vista de algunas gotas de sangre que mancharon la muselina que rodeaba el cuello de su hermana.

El joven había apurado todas sus fuerzas y cólera, retrocedió, soltó el acero, y cayendo de rodillas sollozando, enlazó con sus brazos el cuerpo de su hermana.

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! exclamó. ¡ No, no ! yo soy el que morirá. Tú no me amas ya, ya no me conoces, y nada tengo ya que hacer en este mundo. ¡ Oh ! tú amas á alguno, Andrea, hasta el punto de preferir la muerte á una confesión hecha á tu hermano ! ¡ Oh ! Andrea, no eres tú quien debe morir, soy yo !

É hizo un movimiento para huir ; pero ya Andrea se había asido á su cuello con ambos brazos extraviados, y le cubría de besos y de lágrimas.

— ¡ No, no ! dijo ; tenías razón en lo que decías. ¡ Mátame, Felipe ! ya que dicen que soy culpable. Pero tú que eres tan noble, tan puro y tan bondadoso, tú á

quien nadie acusa, vive, sólo te ruego que me compadezcas en vez de acusarme.

— Pues bien, querida hermana, replicó el joven ; en nombre del cielo, en nombre de nuestra antigua amistad, vamos, no temas nada ni por ti ni por el hombre á quien amas ; cualquiera que sea, será sagrado para mí, aunque fuese mi más implacable enemigo, ó el último de los hombres. Pero yo no tengo ningún enemigo, Andrea, y tú tienes un corazón y unos sentimientos tan nobles que debes haber hecho una buena elección de amante. Pues bien, iré á buscar y dar el nombre de hermano al que tú hayas elegido... ¡ Tú no dices nada ! ¡ pero es imposible tu matrimonio con él ? ¡ Es eso lo que quieres decir ? Pues bien corriente, me resignaré, todo el dolor será para mí, y ahogaré la voz imperiosa del honor que pide sangre. Nada exijo ya de ti, ni aun que me digas cómo se llama ese hombre : te ha gustado, y esto basta para que yo le quiera ; pero saldremos de Francia y huiremos juntos. Según me han dicho, te ha dado el rey un rico aderezo ; lo venderemos pues, y enviaremos la mitad del importe á padre, y viviremos con la otra mitad en un lugar desconocido. Tú serás para mí, Andrea, cuanto hay en el mundo ; séalo yo también para ti, porque yo no amo á nadie, y ya ves que te soy adicto. Andrea, ya ves lo que hago, ya ves que puedes contar con mi amistad : vamos, ¿ me negarás aun tu confianza después de lo que acabo de decirte ? ¡ No me llamarás hermano tuyo ?

Andrea oyó en silencio cuanto acababa de decir el joven desatinado.

Solamente los latidos de su corazón indicaban que tenía vida ; solamente su mirada demostraba que no había perdido la razón.

— Felipe, dijo el joven al cabo de un gran rato de

silencio, ¿conque has pensado que ya no te quería? ¡Pobre hermano mío! ¿Conque te has figurado que amo á otro hombre, y que he olvidado las leyes del honor, yo que soy noble y comprendo todas las obligaciones que esta palabra me impone con respecto á extravíos?... Amigo mío, te lo perdono; sí, sí, en vano has creído que soy una mujer infame; en vano me has llamado indigna; sí, sí, te perdono, pero no te perdonaré si me crees tan irreligiosa y vil que vaya á jurar en falso. Felipe, por el Dios que me está oyendo, por el alma de mi madre, que según parece no me ha protegido; ¡ay de mí! lo bastante; por el cariño que te tengo, en fin, juro que nunca me ha distraído mi razón un pensamiento de amor, que nunca me ha dicho ningún hombre: «te amo»; que jamás boca alguna ha besado mi mano; que estoy tan pura de pensamiento y tan virgen de deseos como el día que nací. Ahora, Felipe, mi alma pertenece á Dios, y á ti mi cuerpo.

— Está bien, dijo Felipe después de reflexionar largo tiempo, Andrea, te doy las gracias. Ahora veo con claridad hasta el fondo de tu corazón. Sí, eres pura é inocente, pobre víctima; pero hay bebidas mágicas, filtros ponzoñosos, y alguien te ha tendido un lazo infame; lo que nadie hubiera podido arrancarte sino con la vida te lo han robado estando dormida. Has caído en un lazo, Andréa; pero ahora ya estamos unidos, y de consiguiente somos fuertes. ¿Me confías el mirar por tu honra y vengarte?

— ¡Oh! sí, sí, dijo Andrea en un sombrío arrebatado; sí, porque si me vengas será de un crimen.

— Pues bien, continuó Felipe, vamos, ayúdame, sostenme.

Indaguemos, remontémonos día por día á los ya trascurridos; sigamos el hilo de los recuerdos

hasta dar con el primer nudo de esta oscura trama.

— ¡Oh! bien, bien, dijo Andrea, averigüemos.

— ¿Has notado que alguien te siguiera ó acechara?

— No.

— ¿Te ha escrito alguien?

— Nadie.

— ¿Ningún hombre te ha dicho que te ama?

— Ni uno siquiera.

— Las mujeres tienen para esto un instinto admirable: á falta de cartas, á falta de declaración, ¿has advertido alguna vez que alguien te... desease?

— Nunca he advertido nada por el estilo.

— Querida hermana, recuerda las circunstancias de tu vida, los pormenores más íntimos.

— Guíame tú.

— ¿Has dado algún paseo sola?

— Nunca, que yo me acuerde, á no ser para ir al cuarto de la señora Delfina.

— ¿Y cuando penetrabas en el jardín ó en el bosque?

— Siempre me acompañaba Nicole.

— A propósito, ¿fué Nicole la que te dejó?

— Sí.

— ¿Qué día?

— Creo que el día que tú te marchaste.

— Las costumbres de esa muchacha dan qué sospechar. ¿Te has enterado de los pormenores de su fuga? Medita bien.

— No, lo único que sé es que se marchó con un joven á quien amaba.

— ¿Cuáles fueron tus últimas relaciones con esa chica?

— ¡Oh, Dios mío! á eso de las nueve entró en mi cuarto como tenía de costumbre, me desnudó, preparó mi vaso de agua, y salió.

— ¿Observaste si echó algún licor en el agua?

— No; además, esa circunstancia no tendría valor alguno, pues recuerdo que cuando me iba á llevar el vaso á la boca sentí una sensación extraña.

— ¿Cuál fué?

— La misma que ya había sentido en Taverney.

— ¿En Taverney?

— Sí, cuando pasó por allí aquel extranjero.

— ¿Qué extranjero?

— El conde de Bálamo.

— ¿El conde de Bálamo? ¿Y como era esa sensación?

— ¡Oh! una cosa como un vértigo, como un vahido, y luego la pérdida de todas mis facultades intelectuales.

— ¿Y dices que sentiste en Taverney esa impresión?

— Sí.

— ¿En qué ocasión?

— Me hallaba sentada al piano, y me sentí desfallecer; miré delante de mí, y ví al conde en un espejo. Desde aquel momento no me acuerdo de nada de lo que me pasó, sino es que cuando me desperté me hallaba sentada á mi piano, y sin poder calcular el tiempo que había dormido.

— ¿Y dices que es la única vez que has experimentado esa singular sensación?

— Y otra, que fué el día, ó más bien la noche de los fuegos artificiales. Arrastrada por el gentío, estaba á punto de ser aplastada, aniquilada, y reunía ya todas mis fuerzas para luchar; cuando de repente mis brazos se aflojaron, y una nube cubrió mis ojos; pero á través de aquella nube tuve aun tiempo de ver á ese hombre.

— ¿Al conde de Bálamo?

— Sí.

— ¿Y te dormiste?

— No puedo decir si me dormí ó me desmayé. Tú sabes cómo me sacó de allí y cómo me condujo á casa.

— Sí, sí; y esa noche de la fuga de Nicole, ¿le has vuelto á ver?

— No, pero sentí todos los síntomas que anunciaban su presencia, la misma sensación extraña, el mismo vahido nervioso, el mismo entorpecimiento y el mismo sueño.

— ¿El mismo sueño?

— Sí, un sueño lleno de vértigos cuya influencia misteriosa conocí, aunque luchaba contra él, y al que sucumbí.

— ¡Gran Dios! exclamó Felipe; continúa, continúa.

— Me dormí.

— ¿En dónde?

— Sobre mi cama, estoy segura de ello, y me hallé en el suelo, sobre la alfombra, sola, dolorida y helada como una muerta que acaba de resucitar. Al despertar llamé á Nicole, pero en vano, pues había desaparecido.

— ¿Y ese sueño era el mismo de otras veces?

— Sí.

— ¿El mismo que en Taverney y que en la noche de los fuegos?

— Sí, sí.

— Las dos primeras veces, antes de sucumbir, ¿habías visto á ese José Bálamo, ó ese conde de Fénix?

— Perfectamente.

— ¿Y no lo has visto en la tercera?

— No, respondió Andrea con espanto, pues comenzaba no á comprender sino á adivinar.

— ¡Bien! exclamó Felipe. Ahora no tengas cuidado; tranquilízate, y envanécete, Andrea, pues ya sé el secreto. ¡Gracias, querida hermana, gracias! ¡Ah! nos hemos salvado!

Felipe cogió á Andrea entre sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, y arrebatado por el ardor de su resolución, salió del cuarto sin querer aguardar ni oír más.

Corrió á la cuadra, ensilló su caballo, montó y tomó á escape el camino de París.

XI

La conciencia de Gilberto.

Todas las escenas que acabamos de describir habían alcanzado á Gilberto de rechazo y de un modo terrible.

La delicadeza muy equívoca de este joven se veía sometida á una prueba demasiado dura, cuando desde el fondo del albergue que sabía escoger en un rincón cualquiera de los jardines, veía los progresos diarios de la enfermedad pintados en el rostro y modo de andar de Andrea, cuando la palidez que le alarmara la víspera, le parecía el día siguiente más grande y más acusadora, al asomarse la señorita Andrea á la ventana á los primeros rayos del sol. Entonces, cualquiera que hubiese observado la mirada de Gilberto, no hubiera desconocido en él los rasgos característicos del remordimiento, que ha llegado á ser un dibujo clásico entre los pintores de la antigüedad.

Gilberto amaba por un lado la hermosura de Andrea, y por otro la detestaba, porque aquella brillante hermosura, unida á tantas otras cualidades eminentes, formaba una nueva línea de demarcación entre él y la joven, al paso que esa misma hermosura le parecía un nuevo tesoro que conquistar. Tales eran las razones de su amor y de su odio, de su deseo ó de su desprecio.

Pero desde el día en que aquella hermosura empezó á empañarse, y en que las facciones del rostro de